



## NARRATIVA

# Marisabel Macías Guerrero



**Nacida en Sinaloa, México (1986). Maestra en Estudios de la Mujer por la UAM-Xochimilco y Doctoranda en Estudios feministas (UAM-X). Es autora de los libros de relatos eróticos Penny Black (Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2016), Las hedonistas. Mujeres que narran placer y deseo (Lapicero Rojo Editorial, 2021). Participa en la antología “Los excéntricos” (Lapicero Rojo), con el cuento Sensorium. Facebook: Marisabel Macias Instagram: @mar\_lectora**

### Amores sin promesa

Para Lean

En su perfil decía: No sé sonreír en las fotos, pero en persona soy copado. Le creí, o, mejor dicho, quise creerle. A veces una confunde la curiosidad con una forma menor de fe.

Hicimos match un lunes. Desde el martes hablamos todos los días. Me acostumbré rápido a sus mensajes: atentos, constantes, interesados en conocerme. No en impresionar, no en apurar nada. En saber quién era y qué me apasiona. En pocos días el cuerpo aprende nuevas rutinas: esperar un mensaje, responder con cuidado, incorporar a alguien en el ritmo cotidiano sin darse cuenta; aunque sepas que se irá pronto. La costumbre también es una forma silenciosa de intimidad.

Nos vimos el miércoles. Un mezcal cada uno, nada más. Ahí, entre la risa, los brindis y la noche justa, apareció el dato improbable: cumplíamos años el mismo día. Nunca me había pasado. Lo dijimos sin subrayarlo, como si nombrarlo demasiado fuerte pudiera exigirle algo al azar. Antes de irnos me ofreció pasar a dejarme a mi depa, en Uber y luego volver a su hotel. El gesto fue tan cuidado que le cambié el plan y lo invité a pasar. A veces la ternura desarma más que el deseo.

En mi casa le leí algo en voz alta. Me dijo que mi voz le parecía sensual. Le pasé algunos de mis libros en PDF. Después supe que al menos un cuento, lo había leído. Me abrazó. Intentó besarme. Yo no quise. No



todavía. Reservé el cuerpo y sus líquidos para el sábado. No por estrategia: por experiencia. Sé que cuando me entrego de lleno al compartir placer, todo suele acabarse pronto. Y aunque éste pareciera un hombre consciente, mi experiencia ya conocía ese guion. Igual entré. Me-di.

En esos días también aprendimos palabras. Yo incorporé su jerga argentina como quien se prueba una prenda ajena: copado, posta, guita. Posta fue la más difícil. Me explicó que podía significar muchas cosas, demasiadas. Le dije que seguro no me acordaría de todas. Nos reímos.

Después pensé que posta es una palabra tramposa. Como una navaja suiza del idioma: sirve para todo y justo por eso no se deja domesticar fácil. Hay lenguajes —y personas— que vienen con demasiados sentidos superpuestos. A veces entender uno ya es bastante. El resto se queda flotando como guiño, como intimidad con fecha. También ahí hay un pequeño amor sin promesa: el de no fingir que una va a retenerlo todo. El de saber, desde el principio, que una no quiere quedarse. Que solo quiere habitar unos días esa forma del amor, como quien se mete al mar sabiendo que no va a mudarse a la orilla.

Cuando hablamos de volver a vernos, me dijo, directo: quiero pasar tiempo contigo. Le agradecí que lo dijera así, claro; le dije que yo también quería pasar tiempo con él. Estaba menstruando, enferma, sensible. Aun así, la invitación se sostuvo.

El sábado dormimos juntos en el hotel. Piso catorce, la ciudad abierta hacia Reforma. Hablamos de dinero, de vínculos, del deseo, de nuestras biografías. De sismos. Le pregunté qué haríamos si sonaba la alerta sísmica. Vimos Piel, la de Eduardo Casanova. Nada de eso fue casual. Las elecciones íntimas nunca lo son. No fue algo que yo planeara con estrategia, pero tampoco fue inocente. Se fue armando entre los dos, gesto a gesto, conversación a conversación. Y yo sabía —con una claridad tranquila— que estaba entrando para estar a conciencia algunos días. No para quedarme.

Cogimos. Fue bien. No extraordinario. Real. Incluso “familiar”. Fluimos con la desnudez, con los tatuajes, con no exigirle al momento más de lo que podía dar. Después, cuando mi cuerpo ya había temblado varias veces, me preguntó, riéndose, si ese era el sismo del que le había hablado. Me dijo que mi piel era muy suave, como terciopelo. Las frases así se quedan pegadas un rato en el cuerpo, aunque una finja que no.

Dormimos. Desayunamos. El desayuno siempre narra futuro, aunque una no lo firme. A las dos de la tarde del domingo nos separamos. Todo había sido amable. Demasiado amable para no dejar rastro.

Después vino lo contemporáneo. No el corte brusco: eso sería casi elegante. Vino la respuesta correcta, el emoji adecuado, el silencio progresivo. El interés que no se va de golpe, sino que se diluye. Que no pregunta cómo seguí o cualquier otro detalle como los días anteriores. Yo tampoco escribí de más. Estaba enferma y llena de pendientes. Él trabajando. El malentendido como forma actual del desapego. Nadie hace nada “mal”. Y aun así algo se fisura.

Escribí un post dedicado a él. No sé si como venganza, creo que más bien fue como abrazo y sanación para mí, como una forma de procesar lo vivido. De transformar esa presencia que me atravesó — y que yo también atravesé — en algo que pudiera sostener fuera del cuerpo que soy.

Ayer sonó la alerta sísmica en la ciudad. Pensé en nosotros en el elevador sin presionar ningún botón, tan sólo viviendo; aunque no debería. Pensé en lo rápido que el cuerpo aprende ciertas presencias y en lo torpe que es después para desaprenderlas. Nadie prometió nada, es cierto. Pero al principio hubo cuidado.



Hubo atención. Y eso también deja huella.

Estos son los amores sin promesa: vínculos breves, atentos, intensos, que no mienten, pero tampoco sostienen. Encuentros donde el cuerpo se abre, se habla sin cálculo, aparece la ternura —y aun así no alcanza para quedarse. No prometen salvación, pero tampoco son indiferentes. Y ahí está la incomodidad.

No me enamoré.

Me acostumbré.

Y el hábito, cuando se interrumpe sin cuidado, también duele.

Amores que dejan una marca leve, como un temblor que no derrumba nada, pero te recuerda que el suelo no es fijo. Amores que no sostienen, pero despiertan. Amores, que volveré a elegir.

FIN